

UN LIBERAL DEL SIGLO XIX
DON ANTONIO FELIX MUÑOZ

POR

ANDRÉS MUÑOZ CALERO

De la Real Academia de Córdoba



ON THE 17th OF APRIL 1935

THE HONORABLE MEMBERS OF THE HOUSE OF COMMONS

WILLIAM PETER RAY

MEMBER OF PARLIAMENT

UN LIBERAL DEL SIGLO XIX

DON ANTONIO FÉLIX MUÑOZ

I

Acaban de cumplirse los cien años desde la muerte de un hombre que con sus ideas y sus actos llenó buena parte del siglo XIX en Pozoblanco y en las siete villas de Los Pedroches: Don Antonio Félix Muñoz García.

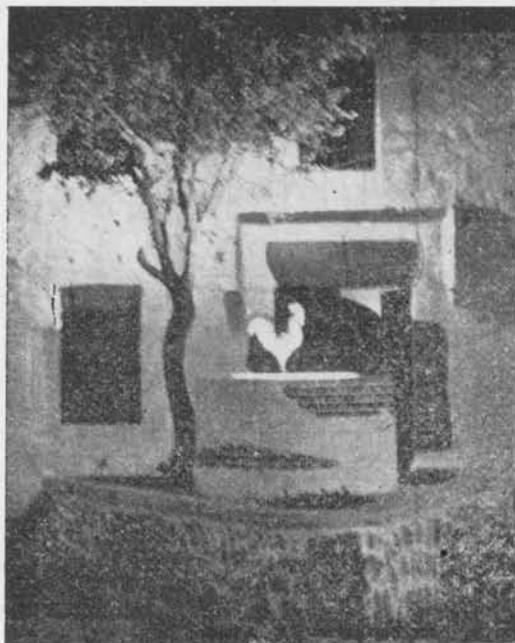
Nació con el siglo aproximadante y vivió su niñez en aquel Pozoblanco aislado, al que apenas llegaban las noticias de más allá del contorno de las Siete Villas. Ni siquiera de la Corte, con su Carlos IV, su María Luisa, su Godoy y su Fernando. Pueblo sencillo, con sus calles desniveladas, sin aceras, sin encañes; con unos cuantos adinerados, pocos; con sus artesanos, sus campesinos, jornaleros y mendigos. Telares en muchas casas, tintes y batanes, alfarerías, arrieros y trajinantes. Con sus mil cuatrocientas casas, sus cincuenta calles y sus cincuenta tabernas; con sus muchos curas y frailes exclaustrados, poseedores de buenas tierras.

Antonio Félix niño oiría el relato de lo de Castaños en Bailén, participaría del miedo colectivo ante la llegada del Mariscal Víctor y sus dragones, presenciaria la entrada del inglés Creag, atendería al fragor de la batalla que sostuvo y ganó Morillo en las cercanías de Pozoblanco. Luego, más tarde, llegaría lo de «los guerrilleros de los Pedroches» y tantas ocurrencias como se sucedieron en aquel mundo abigarrado y en conmoción que fue nuestro siglo XIX.

Desde sus primeros años no parece hombre que se dedique a contemplar el pasado. Parece que ha nacido para luchar, para vivir su presente, en busca de un futuro que entiende que será mejor si se aplican sus ideas. Y pronto va a estar metido de lleno en los problemas de su hora, que son muchos y de difíciles soluciones.

No sabemos que hiciera estudios superiores. Creemos que no, que aprendería en las luchas de su tiempo, en las que puso ardor y pasión. Sus escritos no revelan ciertamente una formación universitaria; aunque ofrecen, aparte su curiosidad, las notas de una vida intensa, entregada a una idea.

Desde su juventud actúa y es figura política muy pronto en el ámbito local. Pero el cargo más importante, la Alcaldía, no lo obtiene hasta que ya está al final de la vida: siendo Alcalde de Pozoblanco muere el día 17 de noviembre de 1.870. Y como tantas veces ocurre, si tuvo apetencia de puestos de altura y para él no los consiguió, un hijo suyo fué el que llegara a ellos: Don Pedro Muñoz de Sepúlveda



Reproducción del escudo de Pozoblanco en la Plaza llamada del Pozo Viejo en los orígenes del pueblo

—Don Pedro Egidio en las crónicas—, personaje de cierto empaque en la vida nacional.

Su actitud liberal, progresista, ya luciría por 1.820 cuando lo de Riego; y no podría gustarle lo que ocurrió poco después, por 1.823, cuando se dió aquel espectáculo dirigido por un Miguel Rosales en el que se gritaba el «vivan las caenas» a favor de Fernando VII, bien protegido por los cien mil hijos de San Luis. En pueblo sencillo y de evidente espíritu democrático, no pudo dejar de ser extraño suceso semejante.

Don Antonio Félix hubo de llevar vida apartada de la política activa mientras dura la opresión. Hasta que, muerto Fernando, la Reina Gobernadora abre una etapa de mayor libertad.

Contrae matrimonio con mujer que pertenece a una de las mejores familias, Isabel de Sepúlveda y Sepúlveda, hija de D. Fernando y D.^a Tomasa, de gran relieve social. En 1.834 nace el hijo, Pedro, en la casa núm. 12 de la Plaza en la que por entonces vive el matrimonio.

1.834 es año de males. La epidemia de cólera, una de las que a través de los tiempos han venido a la Comarca, es aguda en ese año: en cuarenta y cinco días, desde el 19 de junio al 3 de agosto, mueren nada menos que ciento diez y ocho personas, según se cuenta. Hay rogativas, lutos y quebrantos, hasta que Dios se apiada de las gentes. La falta de higiene, las calles por las que discurren malolientes residuos de los batanes, el arroyo de la Condesa que arrastra basuras y suciedades; sin más abastecimiento de aguas, más o menos potables, que las que se sacan de La Guijuela, o de Los Llaños, o del Chumbo o de pozos particulares, contaminados en general; todo hace más grave y peligrosa la epidemia que viene a unirse al tifus de siempre.

Pero hay mucho más. Pozoblanco hierva en problemas agudos. Los hay de orden privado, aunque por la calidad de los personajes sean de comentario público; así es el pleito que sostienen los Sepúlvedas, cuando Juan Ginés demanda a su padre, Fernando, pidiéndole ayuda con cargo a la fundación que hiciera el Cronista del Emperador. Juan Ginés, el hijo demandante, casó con Ana Josefa Quirós y a papá Fernando no le gustó la elección, aunque la novia era hija de uno de sus más íntimos amigos. Pleito que ofrece un anecdotario a veces divertido, a veces expresivo de hechos y ocurrencias que interesan para la historia local. Y a D. Antonio Félix tenía que afectarle el pleito ya que quienes pleitaban eran el padre y el hermano de Isabel, su esposa.

Está el problema de «las manos muertas». Para este caso, sin perjuicio de otras leyes y otras ocurrencias, ya se sabe la historia. Carlos IV, en la penuria económica que parece consustancial con estos monarcas españoles, acude al Pontífice pidiéndole facultad para vender bienes de la Iglesia. Pío VII accede, aunque con limitaciones, y Carlos da su Cédula de 15 de octubre de 1805. En Pozoblanco interviene en estos asuntos un Corregidor que es personaje importante en nuestra historia local, D. Dionisio Catalán. A él van las relaciones que hacen los poseedores de bienes. Siglo y medio después, llama la atención encontrar en esas relaciones tantos bienes y tantos curas y frailes exclaustrados en nuestro pueblo. Baste señalar que en la relación general que da el Vicario, D. Alfonso Díaz Cañadas, se cuentan nada menos que setenta capellanías y algunas quedan sin enumerar. Han de pasar años hasta que las ventas se hagan en subasta; pero el problema es vivo.

Como lo es ese otro de las tierras de las siete Villas de los Pedroches, La Jara y sus agregados. Menos problemático lo de la Dehesa de la Concordia, aunque también tenga durante muchos años su cantar. Pero el caso de la Jara y sus Quintos llena mucha parte de nuestra historia local y cuando en el siglo pasado se llega a soluciones, se hace dejando rescoldos de odio y memorias amargas que dan lugar a motines y acciones airadas a través de los años.

Está, cómo no, la guerra carlista, ahora en sus primeros años, hasta 1840. La vida es difícil, peligrosa. Aunque en nuestros pueblos no fuera constante la lucha, pasan las partidas, se producen sorpresas, saqueos, robos y muertes. Personajes y personajillos van y vienen y la infección que sufre la Mancha se extiende en ocasiones a nuestra comarca. Historia apasionante, larga de contar. Un 25 de Marzo de 1835 se produce el suceso de La Garganta, cuando, con otros más, muere el joven Corregidor isabelino, de aire romántico, que es D. Rafael Halcón y Mendoza a quien luego, por la mano de D. Antonio Félix, se le llama «Mártir de la libertad». Llegará la muerte de un carlista ilustre como era Lastra, en suceso que da fama a la puntería de Mateo Fernández; o la muerte aparatosa de Monzón el Rubio, menos ilustre. Y el paso del famoso y templado Gómez que se lleva lo que puede en sus correrías carlistas hacia el Sur.

Las siete villas se defienden unidas. Se han creado fuertes lazos de hermandad, aunque a veces haya cuestiones menudas de protocolo

o precedencia. Y pronto, en las Juntas y soluciones interviene D. Antonio Félix.

En 4 de mayo de 1.836 se reúnen en Pedroche para tratar de la división de la Dehesa de la Jara entre las siete villas. Son designados para intervenir en nombre de Pozoblanco D. Fernando Sepúlveda, D. Juan García y D. Bartolomé Ciriaco Herrero; pero éste enferma y en su lugar va D. Antonio Félix Muñoz, que es Síndico del Ayuntamiento. Así toma contacto directo con un negocio que ha de tratar con pasión hasta el final de su vida. Problema de grave trascendencia social, en el que se enfrentan opuestos pareceres, con intereses y malicias que acaban en soluciones que merecen estudios aparte, por su contenido y consecuencias.

II

Hay que esperar al año 1.840. Con él aflora a nuestros pueblos un afán de nueva vida, aunque no se vea coronado por la eficacia; porque, aparte de otras causas, existe la bandería política, la marea constante y siempre la manera intransigente y poco propicia a la deseada convivencia.

Cualquiera que haya tenido mínima curiosidad por nuestra pequeña historia local, habrá podido observar que a partir de 1.840 Pozoblanco aumenta su despegue, su camino de verdadera capital de la Comarca. Ciertamente antes ha sido elevada a cabeza del Partido judicial, que ha tenido preeminencias y distingos. Pero es hacia 1.840 cuando de manera más clara se manifiesta el desarrollo. El mismo D. Antonio Félix Muñoz da su opinión: cree que es efecto de las leyes desamortizadoras, de la división de La Jara entre las Villas, de la roturación de la Dehesa de la Concordia; y cómo no, por el impulso que dará a las industrias, de tanto arraigo en nuestro pueblo, la introducción de máquinas. Añadamos otra causa más, que fue la importancia que se dió a la Enseñanza, y en lo que tanta parte tuvo Don Antonio Félix. Tal vez de aquí venga una diferencia entre Pozoblanco y tantos pueblos de Andalucía en cuanto a analfabetismo se refiere.

Por 1.840 se da un momento en el que las fuerzas sociales de nuestro pueblo se ponen en pie. Hay 46.960 fanegas de tierra que se llaman Dehesa de la Concordia, por la que celebraron las siete villas con la de Obejo en la Venta de la Jara en 1.724; tierra que fue comprada a la Corona y que también tuvo sus graves dificultades. Es una tierra fuerte y quebrada, que se desmonta, se limpia, se rotura, se siembra con millón y medio de olivos y viña en un trabajo de titanes. Hay más pequeños propietarios. Se racionaliza la industria de paños y bayetas. Se fabrican unas cuarenta mil piezas al año que se exportan por medios rudimentarios, a lomos de caballería, llevando a Extremadura, a Castilla, a León nuestro nombre. Hombres fuertes los que trabajan en el campo, en las fábricas; telares en casi todas las casas que forman parte del ajuar; hombres más audaces los que con el trabuco presto trajinan por valles y montañas, por ventas y posadas, con las piezas de bayeta o con la moneda de peligroso porte. Un

mundo que bien merece su digno relato. Hay otras fábricas más; magníficos artesanos que labran la piedra; tintes, batanes, alfarerías; afanes múltiples y empeños casi heroicos. Hay pocos señores al estilo de otros tiempos; se trabaja codo con codo, sin grandes distinciones. Hay, cómo no, pobres gentes que sufren hambre, jornales bajos, paro estacional. Nunca justo, siempre condenable, pero en menos proporción que en otros lugares; incomparablemente menos que en la baja Andalucía.

Pozoblanco, no podía ser excepción, sufre la división política. Y es defecto que acusa también D. Antonio Félix Muñoz. Se ofrecen los dos campos opuestos, de difícil o nula convivencia, sin la necesaria ductilidad. Cada bando pretende imponer su criterio sin admitir nada del contrario. D. Antonio Félix no es ajeno a ese mal de la vida española, a ese conflicto que es la separación en bloques, llámense «moderados» y «progresistas» o cualesquiera otros nombres hasta nuestros días. Aunque siempre nos ha parecido menos acusado en Pozoblanco, es pecado que merece su reproche. D. Antonio Félix adolece, sin duda alguna, del mismo mal, de la actitud «totalista», falta de comprensión, según se deduce de sus críticas y comentarios.

Volvamos a 1.840. Comienza la primera regencia de Espartero. En Pozoblanco se forma el primer Ayuntamiento constitucional y en él es Secretario D. Antonio Félix. No un funcionario que se limite a levantar actas, a escribir lo que dicen los demás. Tiene alto concepto de la función secretarial. Lo escribe así. Su presencia es constante en todos los asuntos. Por ejemplo, en la enseñanza.

Hay cuatro maestros de elemental, uno de adultos, alguna maestra, un preceptor de latinidad. Hay fondos que vienen de fundaciones. Hay hasta una sociedad económica que es de suponer que fuera fermento para importantes actividades. Pero es D. Antonio Félix quien más se ocupa de la Enseñanza. Se forman grupos de alumnos, se eleva la categoría social del Maestro, se celebran actos públicos, con exámenes y discursos. Tal vez uno de los actos más importantes de su vida fuera aquel que se celebró en el salón de la Casa Consistorial un día de 1.842. D. Antonio Félix hace un discurso solemne, con frases de su tiempo, con palabra apasionada y entusiasta. Dice que nada asemeja al hombre a su Creador como la inteligencia; que la instrucción es la primera de las necesidades sociales. Palabras que dichas en un pueblo apartado de nuestra España de 1.842 indican la calidad del personaje. Andando el tiempo, rayando hacia 1.860, nuestros municipios cambian el giro en esto de la Enseñanza, con una actitud negativa.

Liberal, progresista al estilo de nuestro siglo XIX, en todos sus actos lo revela. Conoce a los hombres que le rodean, sabe de la sencillez de nuestra gente, de la igualdad de origen, del poco afán de distinciones. Hay una anécdota expresiva. Aunque Espartero ha caído por primera vez, D. Antonio Félix sigue todavía como Secretario. El Gobierno provisional, el de Madrid, tiene la ocurrencia de pedir informe a los pueblos sobre cuales distintivos se usan o se quieren usar por los ediles, Alcalde y Concejales. Y por la mano de D. Antonio Félix se contesta que en Pozoblanco, por ser pueblo de behetría, dice, no se ha permitido jamás la nobleza ni la aristocracia, ni se usa dis-

tintivo alguno, más que las varas o bastones de los Alcaldes... con algo más pintoresco y divertido.

Hay otras ocurrencias significativas del personaje y de su tiempo. Los cambios políticos, entre otras consecuencias, llevan en nuestra España la necesidad de rotular las calles con nombres de los que ganan. En 1.840, triunfante el Duque de la Victoria, hay que cambiar la rotulación callejera. En Pozoblanco, cómo no, se hace; y el relato de los motivos que explican el nuevo nombre es entretenido y a veces gracioso. Ya se cuenta aparte. Por ejemplo, hay una que se llama la Portería—y aún suena ese nombre—y los Municipales—D. Antonio Félix, según parece— al cambiar la denominación, explican que eso de Portería suena a convento y en Pozoblanco, dicen, «afortunadamente» no hubo nunca convento de frailes. No se piense por tal exabrupto en actitudes anticristianas ni apenas anticlericales, aunque anda por la provincia el diablillo de la lucha religiosa. Otros sucesos aclaran lo religiosidad del personaje.



Torre de la Parroquia de Santa Catalina

Estos años de 1.840, incluso hasta parte de 1.843, están llenos de proyectos, de decisiones, de afán de mejora. Se da una mayor ayuda al templo; se agregan al Hospital cuantiosos bienes que proceden de la Obra pia de la Venerable Marta Peralbo; se amplían las salas de la vieja Casa Consistorial; se crea una Casa de Expósitos que da lugar

a tan graciosas incidencias como la de las nodrizas; se incoa un expediente por el que se pretende que las vertientes del Guadalmez pasen a pertenecer a las siete Villas de los Pedroches, cuestión de tanta importancia y que en nuestros días ofrece significativa curiosidad, en cierto modo relacionada con ese acuciante problema del suministro de agua a nuestros pueblos; se pide el establecimiento de un Instituto de 2.^a Enseñanza, para lo que se cuenta con los fondos que aporte el Gobierno y el Ayuntamiento y además con los que puedan aplicarse de los procedentes de las fundaciones que por 1.704 hiciera Bernardo de Cabrera, por 1.739 María de Vígara o por el siglo 17 Marta Peralbo, la famosa mística. Es en 1.842 cuando se obtiene la autorización para celebrar la feria de Septiembre, en los días 24 al 26, que ha venido celebrándose sin otras interrupciones que las de la última guerra. Por ese tiempo se hicieron convenios tan interesantes, como el celebrado entre Clero y Ayuntamiento por el que, mediante el pago de una cantidad anual, pequeña, bautizos, bodas y entierros de los vecinos eran gratuitos. Hasta ese escudo de Pozoblanco, encina, gallo y pozo, acertada alegoría, también nació en 1.840.



Pero había, cómo no, desventuras. Por febrero de 1.841, el día 7, se desplomó la nave antigua del templo de Santa Catalina. La parte nueva mantuvo el magnífico crucero, con su obra que necesitó los treinta y cinco años que van desde 1.773 a 1.818. Comenzó la reconstrucción que tantos años había de durar; pues todavía, cuando el siglo XX estaba en sus inicios, el viejo arcipreste Rodríguez Blanco clamaba diciendo que cómo era posible que hombres que habían realizado heroicidades como el descuaje y siembra de la Dehesa de la Concordia, no acaban su Iglesia, quedaba la pequeña y vieja torre de Jesús Nazareno, con sus campanas de agudos sonos; torre que hoy es apenas visible y que por pequeño ardid fotográfico ofrecemos haciendo cara a la moderna y fuerte de Santa Catalina.

En 1.841 D. Antonio Félix es Diputado provincial. Lucha en defensa no sólo de Pozoblanco, sino de las villas hermanas. Es él

quien propone que los pueblos de Torremilano y Torre Franca se unan formando el moderno Dos-Torres.

Cae Espartero y llega 1.843 con un suceso tan importante como es la declaración de mayoría de edad de Isabel II. El relato de lo que se hizo en Pozoblanco con tal motivo se cuenta aparte. Baste señalar, en lo que a D. Antonio Félix se refiere, que estuvo bien presente en las fiestas en su cualidad de Comandante de Milicias. La Reina, con sus poquitos años, había jurado ante las Cortes el día 10 de noviembre; a Pozoblanco llegó la noticia el día 13, por la noche; hubo fiestas, no sólo el 14, sino el 19, festividad de Santa Isabel. Hubo derroche, diversión y muchos vivas a la reina niña, entre los que no faltaría el de D. Antonio Félix, aunque luego, años después, de su mano se escribieran fuertes palabras contra Isabel y su familia. La política tiene estas contradicciones.

III

En el gobierno están Narváez o González Bravo... Pronto Don Antonio Félix ha de pasar a la oposición; sus críticas son duras y acerbas. El sigue con su ilusión de progresista. Hace unas notas para el Diccionario de Madoz que luego amplía en sus últimos años, «en sus ratos de ocio», dice; pretende que se publiquen, pero quedan inéditas, aunque se conservan gracias al cuidado de personas de mérito. (1).

Se dedicaría a la administración de su hacienda, más bien la de Doña Isabel, su esposa. Como tantos otros, también él es comprador de bienes en subastas de bienes desamortizados. En 1.859 aparece como rematante en una de ellas, comprando terrenos en Arroyo Hondillo y en Dehesa de la Vera. Compra la casa de la calle Cantarranas, núm. 3; calle que se llamó de Córdoba y ahora lleva el nombre del hijo, Pedro Muñoz de Sepúlveda.

Esa casa lindaba con el horno que fué de aquella vieja Institución que se llamó La Escuela de Cristo; tenía el curioso detalle de un subterráneo, no sabemos si catacumba. La tal casa procedía de la Fábrica parroquial de la villa.

Compra también algunas pequeñas parcelas en Guadarramilla, en el arroyo de los Alamos y un herreñal en San Bartolomé; y más terreno en la Hacienda de Pedrique que procede de las transmisiones que hicieron los Ayuntamientos de las siete villas; unas cien fanegas que se unen a lo que Isabel, la esposa, heredara de su padre en el mismo Pedrique.

Aunque no sea de la situación, no deja de ser persona de importancia local, a quien hay que acudir en los problemas. Así ocurre cuando va a construirse la carretera que irá desde Córdoba a las provincias de Ciudad Real y Badajoz; la que hasta hace poco hemos llamado Córdoba-Almadén. Es de gran importancia que esa carretera atraviese el centro de las siete Villas y pase junto a Pozoblanco.

(1) Ensayo Topográfico, estadístico e histórico de Pozoblanco.-20-6-1.867.

Manda el Alcalde, bastante moderado, que es Cañuelo; reúne en el Ayuntamiento a lo principal del pueblo. Es por 1859. Y D. Antonio Félix sale de su ostracismo, asiste a la reunión e incluso es nombrado de la Comisión que con él integran el propio Alcalde y D. Acisclo Quirós. La gestión fracasa, como es evidente, y D. Antonio Félix, en sus escritos, se queja del abandono en que tradicionalmente nos tienen quienes mandan.

Por este tiempo, noviembre de 1858, surge una polémica en la que el personaje está metido. Se publica en el periódico «La Crónica», de Córdoba, un artículo que firma persona de nota en la historia local: Don Luis María Ramírez de las Casas-Deza. Poco amigo de Pozoblanco. Estuvo entre nosotros en el ejercicio de su profesión de Médico y tuvo cuestiones varias, incluso de orden económico; conservó una actitud rencorosa e injusta hacia nosotros, como puede verse en su tan usada Corografía; usa frases y apelativos hirientes, tal vez por responder al apodo con que se le conocía.

Hombre de extensos conocimientos, no sabemos si profundos, su artículo es nueva muestra de desamor a Pozoblanco; pretende demostrar que ni Juan Ginés, el Cronista del Emperador, ni Fernández Franco nacieron en Pozoblanco, sino en Córdoba uno y el otro en Montoro. Afirmaciones gratuitas. Y surge entonces D. Antonio Félix y en la misma «Crónica» se publica días después un articulito, breve y ligero. Entre los dos hombres no habría buena relación, ya que se encontraron en Pozoblanco cuando los problemas del Médico. Pero D. Antonio Félix mantiene actitud correcta y nada dice que pueda ofender a su contrario; se limita a escribir unos datos que, según él, prueban que tanto el Cronista como Fernández Franco nacieron en nuestro pueblo.

Ante las palabras de D. Antonio Félix se alza la actitud violenta y desorbitada de Casas-Deza. Emplea palabras injuriosas, ridiculiza frases y mantiene su opinión, alegando otras de las que sobre el tema se han vertido a través del tiempo. Jactancioso, dice que no necesita noticias venidas de Pozoblanco, pues sabe muy bien donde están las fuentes y que puede dar noticias más que recibirlas.

Aparece otro personaje en la polémica: Don Fernando de Sepúlveda y Quirós. Joven abogado, nieto de Fernando e hijo de Juan Ginés, los del pleito. Por tanto, sobrino de Isabel de Sepúlveda, la esposa de D. Antonio Félix. Y se publica en «La Crónica» su artículo que es brillante, documentado; hace un estudio de fuentes y datos. Casas-Deza dijo que en Pozoblanco nadie sabe nada del Cronista; que nadie ha leído, ni siquiera ha visto sus obras. Y Fernando de Sepúlveda no sólo hace una biografía, sino un estudio detallado de las principales obras para acabar copiando hasta la oración fúnebre que se dijera en solemnes honras. La polémica es dura, desagradable. Casas-Deza, en su jactancia, llegó a decir que mediante su curiosidad y diligencia, nada será lo que él ignore de Juan Ginés de Sepúlveda, el Cronista del Emperador.

No vino a la memoria de ninguno de los tres polemistas algo que dijo el propio Cronista, en aquella carta que dirigió a Felipe II con

tan hermosas palabras: «Yo no he sido soldado ni andado en guerras, pero soy hombre viejo de setenta años y he andado por diversas partes del mundo y considerado con diligencia los negocios así de paz como de guerra . . . así que por esto y por las muchas historias que de los tiempos pasados he leído, tengo «mediana» noticia de las cosas». Juan Ginés, sabio y sencillo como buen pozoalbense, decía que tenía «mediana noticia» de las cosas . . . En cambio, Casas-Deza se expresa como sabedor de todo, precisamente de «todas las cosas» del ilustre personaje.

Fernando de Sepúlveda y Quirós fue persona de relieve local en nuestra segunda mitad del siglo XIX. Estaba en La Rambla como Promotor Fiscal y al producirse la Revolución de 1.868 vino para intervenir en ella en Pozoblanco y luego para ser Registrador de la Propiedad en sustitución de D. Manuel Rojas.

De la misma línea política que su tío D. Antonio Félix, de semejante edad que su primo D. Pedro Egidio Muñoz de Sepúlveda, no sólo ayudó en la polémica con Casas-Deza, sino también en la política. Precisamente en el artículo citado, al final, deja escritas unas palabras en las que expresa las esperanzas de su tiempo. Era en 1.858 y hace crítica de la política que se sigue; anuncia una aurora más dichosa, según él, que comienza a aparecer y que «pronto, más pronto que algunos piensan, brillará». Pero habían de pasar diez años, hasta 1.868. Hasta «La Gloriosa».

IV

Innecesario es traer detalle de la política nacional. Muertos Narváez y O'Donnell, González Bravo en el poder que pasa al General Concha. Aunque se llamen moderados, el título no impide represiones, destierros y violencias. Vienen Prim, Topete, Ruiz Zorrilla, Dulce . . . Nuestros progresistas están impacientes. Se relacionan con los de Córdoba, con Leiva, Torres, Hornachuelos . . . Topete en Cádiz, llega Prim, Serrano viene a Sevilla, a Córdoba . . . Baja Novaliches que se encontrará con Serrano en el puente de Alcolea . . .

Pero es en Pozoblanco donde estamos. Alcalde de la anterior situación es D. Antonio Tirado y segundo Don Sebastián Delgado. Aquel no anda bien de salud y se le ve poco en la Casa Consistorial. Hay rumores y luego noticias ciertas: en Córdoba ha triunfado el Movimiento. Pozoblanco se conmueve. Es curioso lo que ocurre: aquellos mismos que poco antes festejaron la jura de Isabel 2.^a, con sus vivas jubilosos, ahora la atacan con violencia. La política y sus debilidades.

Llega el 22 de septiembre de 1.868. D. Antonio Félix y sus amigos están en relación con la Junta de Córdoba. Hay un buen enlace que es el propio hijo, D. Pedro Egidio Muñoz de Sepúlveda. Muy de mañana se ha constituido en Pozoblanco la Junta Revolucionaria. No hay que asustarse de las palabras; conviene atender a los hechos. Como figura principal está D. Antonio Félix que es nombrado Presidente. D. Acisclo Quirós y Montes es el Vice-Presidente ya que por algo es el primer contribuyente de la villa. Forman parte el D. Pedro

Egidio, tantas veces citado, D. Lucas Fernández, D. Bartolomé Gil Herrero, D. Francisco Márquez Caballero, D. Martín José Muñoz, Don Juan Cabrera Valero, abogado joven, como lo es D. Fernando Sepúlveda y Quirós de quien se habló. Las tres figuras sobresalientes son Don Antonio Félix, D. Pedro Egidio y D. Fernando.

Ya está formada la Junta Revolucionaria. Hay manifiesto, como es de rigor, que redactarían los tres notables. Y hay peligros y alarma. No sólo están cerca fuerzas isabelinas, sino que en el mismo pueblo hay un asunto grave: González Bravo puso en servicio la llamada Guardia Rural que si en la letra servía para guardar las propiedades agrícolas, en realidad era una fuerza al servicio de la política moderada. Y en Pozoblanco había nada menos que una Compañía, la 4.^a, cuya actitud no parecía propicia a la revolución. Es D. Antonio Félix quien decide. Con todo su prestigio local, con toda su entrega a la política, asume el riesgo: va al propio cuartel, hace su arenga y consigue que aquella fuerza se una al Movimiento.

Luego vendrá la cruda realidad. Fuerzas contrarias andan por Espiel, Villaharta, por otros lugares próximos. Hay pocas armas: se busca ansiosamente pólvora, balas; hay que improvisar. Se llama a los vecinos para que se alistén con armas. Se avisa a las Juntas de Hinojosa, de Chillón, de Almadén, de Brazatortas, de Almagro, de Ciudad Real. Hay que formar por lo menos tres compañías de milicias, una para retén, dos para situarlas en los lugares de más peligro. Hace falta un jefe y otra vez aparece en escena el excelente tirador Mateo Fernández, aquel que hirió a Lastra. «Benemérito» personaje a quien se nombra Comandante de las tropas populares. Subalternos son Saturnino González, Domingo Márquez, Rafael Fernández, Juan Díaz Encinas. A los alistados se les pagarán seis reales diarios. . .

Hay noticias alarmantes. La Junta está en sesión permanente; los cincuenta y cuatro faroles del alumbrado público, de aceite, que sólo se encienden en las noches sin luna, no se apagan en estas noches densas y graves. Se dice que la Guardia Rural que había en Córdoba, con otra más poderosa, ha dejado la capital y viene por Villaharta, por Espiel, por Fuente la Lancha. Se hacen los usuales juramentos de defender la Revolución hasta la muerte. Todo es agitación, idas y venidas, alarmas que acaban en nada, porque La Gloriosa, la Revolución, triunfa. Y en el punto clave, en Pozoblanco, está D. Antonio Félix, este curioso personaje.

Los problemas son de varia importancia. Por ejemplo, la feria que desde 1.842 se celebra todos los años del 24 al 26 de Septiembre, debe celebrarse porque al pueblo hay que darle diversiones. Y se celebra con las cautelas necesarias.

No hay dinero. Don Dinero exige como siempre. La Junta llama a quien puede tenerlo, que es el Depositario Juan, Juanito Bermejo. Contesta que en las arcas municipales no hay ni un solo real; tan solo una lista de morosos por unos veinte mil reales; que los empleados llevan muchos meses sin cobrar. La Junta acuerda que se apremie a los morosos que, ya es casualidad, son en su mayor parte de la situación pasada, de los que perdieron. Mientras tanto, los miembros de la Junta aportarán lo que haga falta.

Viene luego la consolidación de la ganancia. Ya se han cruzado las cartas entre generales antes de la batalla, de Serrano a Novaliches, de Novaliches a Serrano; se han producido los hechos románticos que se llamaron Batalla de Alcolea; ha triunfado la Revolución y ha caído Isabel. Está esa visita de Serrano a Novaliches herido, todo aquello que nos parece tan lejano y tan distinto de nuestro mundo. Llegan las destituciones, las cesantías, las persecuciones de uso y costumbre. Hasta Octubre de 1.868 no se constituye el Ayuntamiento que sigue a la Junta. Don Antonio Félix es el Alcalde Presidente. Con él van Don Bartolomé Gil Herrero, D. Francisco Márquez Caballero, D. Francisco Castro Moreno, D. Juan Fernández Dueñas, D. Cristóbal de Sepúlveda y Quirós, D. José Fernández Alcaide, D. Francisco Muñoz Dueñas, D. Miguel Gosálbez María, D. Pedro Isidoro García, D. Antonio Cabrera López y D. José María Aparicio Santos. Vicepresidente será el mismo D. Acisclo Quirós y Montes, primer contribuyente. Don Fernando Sepúlveda y Quirós será Registrador de la Propiedad.

Discursos, euforia, esperanza. Ha ganado la Revolución. El nuevo Ayuntamiento se constituye con solemnidad. Preside D. Antonio Félix y hace una proposición que todos aceptan: que se suspenda la sesión y el Ayuntamiento, con el pueblo en masa, vaya al templo de Santa Catalina para asistir a la Misa Mayor y dar gracias al Todopoderoso por el triunfo completo de la Revolución y pedirle que ayude a los ediles para hacer el bien y la felicidad de «estos naturales». Ocurrencia ésta que, a la vista de otras en distintos lugares, podría tener sus interpretaciones de orden político. Y luego sigue la vida con su ventura y desventura.

D. Antonio Félix está viejo. La lucha sostenida ha producido quebranto. Los días que siguen a Septiembre de 1.868 no son tranquilos. El pueblo pide que se haga lo prometido. Entre otros problemas, ahí está el de la Jara, el de siempre. Pocos días después se produce un grave motín en Pozoblanco: gente del pueblo pide que se anule la subasta de la Jara y se reparta la tierra entre los vecinos. Se asaltan casas de primistas y compradores, se cometen daños. Hay que pedir fuerzas a la capital. Luego se extiende el motín a Torrecampo, a Villanueva de Córdoba...

Esto ha de producir singular amargura a D. Antonio Félix. Una de sus primeras intervenciones públicas fué como integrante de la Junta que iba a dividir La Jara entre las siete villas, allá por 1.836. Su actitud fué siempre en este asunto clara y terminante. Luego tendrá que buscar alguna explicación, alguna evasiva política. Pero él mantuvo su postura frente a los intereses turbios que jugaron la partida. La cadena de títulos es larga y en otros lugares se cuenta. 1.493, 1.598, 1.629, 1.641, 1.644 y todo el siglo XIX son fechas que ofrecen datos bien significativos. Son muchas las transacciones, los miles y miles de ducados que se pagan sin deberlos. La memoria popular conserva su amargura. Díaz del Moral indica algunos de los sucesos, de los motines.

Poco antes de la muerte de D. Antonio Félix se agudiza otro problema que es el de la Dehesa de la Concordia. La discusión viene de

muy atrás. Esta tierra que es símbolo del tesón de unos hombres, peligra también. Y, en esta ocasión es del mismo Regente, Serrano, de donde parte la orden que puede dar lugar a nueva ilegalidad. Pero ahora están como Alcalde D. Antonio Félix y como Diputado constituyente su hijo D. Pedro Muñoz de Sepúlveda. Y la cosa acaba bien, no hay venta, sino que se confirman las adquisiciones. Hay que dar títulos. Su Alteza el Regente acaba dando su Decreto de 21 de diciembre de 1.869 por el que se considera a los poseedores como legítimos dueños y que debe dárseles escritura. Los representantes de las Villas se reúnen en Pozoblanco, bajo la presidencia de D. Antonio Félix, para tan importante asunto. Y comienza el otorgamiento de las escrituras de propiedad.

Luego vienen esas ocurrencias por las que gentes indiscretas anuncian a los demás la proximidad de la muerte: en febrero de 1.870, enfermó D. Antonio Félix; el Ayuntamiento acuerda que en el salón de sesiones se coloquen tres retratos: el de D. Práxedes Mateo Sagasta, el de D. Antonio Félix y el de su hijo D. Pedro Egidio. No sabemos si llegaron a colgarse y si en la ocurrencia apareció aquel marco dorado de curiosa anécdota. La cosa es que D. Antonio Félix mejoró y volvió a asistir a las reuniones. Hasta sus últimos días estuvo en el puesto de combate. Las reuniones acaban celebrándose en su propia casa. La última a la que asiste es cuatro días antes de su muerte. Es el día 17 de noviembre de 1.870 cuando muere. Había hecho testamento con su esposa que también murió pronto. Quedaron los dos hijos, Pedro-Egidio y Fernando-Rufino. Los bienes, si se quita lo de Isabel, no son muchos.

La vida de este hombre acaba cuando está en el puesto de Alcalde de su pueblo, desde 1.868. Esos dos años debieron de ser de trabajo duro y de lucha amarga. Pero siempre, con la pasión política como impulso. Sagasta, cuando sabe que ha muerto su amigo, escribe a la viuda una carta que no conocemos, pero que nos gustaría que hubiera sido cordial más que política; afectuosa para un hombre que con aciertos y errores, puso su vida al servicio de su idea y trabajó en lo que le parecía justo. Con los matices, con los juegos de luz y sombra que cualquiera vida política tiene, con las notas que tal vez deba tener el político, D. Antonio Félix fue un personaje liberal a la usanza de sus tiempos. Pronto, muy pronto, vendría la muerte de Prim, la llegada de Amadeo, todo lo demás. Ahora, cuando hace cien años del fallecimiento de D. Antonio Félix Muñoz y García, que tanto figuró en nuestro pueblo en una época tan revuelta, bueno es dejar un recuerdo de su vida. Puede haber muchos datos que perfilen mejor la vida del personaje. Hemos referido los que anteceden, que parecen significativos.

Es curioso: él escribió que «los hombres no se hacen célebres hasta un siglo después de su muerte». Dentro del cuadro local, del ámbito en que vivió, recordamos que es ahora cuando hace los cien años de la muerte de este político liberal que pensó y actuó a la usanza de nuestro siglo XIX.

Andrés Muñoz Calero

Pozoblanco, Septiembre de 1.971.